

Díptico

Juan Manuel Gómez Cotes

Docente wayuu, jmgce@hotmail.com

La primera resistencia de una nación

Entre una infinitud de matorrales y bajo un sol abrasador que pareciera querer incinerar todo lo que se mueva sobre la arena se alza el rancho de Jimai, un joven cazador wayuu quien en su enramada de yotojolo recibe la visita del tío Arijira, jefe del Ei'ruku Ipuana y los demás guerreros que hacen parte de este linaje, dueño de las paradisíacas playas de la península de La Guajira. El motivo que los ha llevado a reunirse en la sombra de este bello infierno es pensar en la manera de vencer y desterrar a unos alijuna que llegaron hace muchas lluvias, provenientes del mar y que se han quedado a vivir edificando un poblado no tan lejos de donde se encuentran. Estos extraños de piel blanca, a pesar de ser tan pocos en número, tienen poderosas armas capaces de cercenar cualquier parte del cuerpo y visten con trajes raros que no son propicios para caminar y trabajar bajo la luz del amo del cielo. La estrategia que se les ha ocurrido a Arijira y su sobrino es rodear ese poblado de invasores y no permitir que salgan a quitarle los hijos a la madre Mma para que calmen su hambre.

Al siguiente sol, Arijira, Jimai y sus hombres rodean la población y los enemigos intentan vencerlos con sus fuertes y filosas armas, pero deben retroceder y resguardarse ante las numerosas flechas que les disparan los guerreros guajiros. Los Wayuu han logrado que los alijuna se sientan rodeados y que opten por defender el poblado en vez de atacarlos, la estrategia ha valido la pena.

Estos invasores construyeron la población hace muchas lluvias y se dedicaban a robarles las perlas a Pulowi, la dueña de las playas, para cometer ese sacrilegio usaban a otras almas desgraciadas como buzos, estos eran parecidos a los Wayuu, pero su idioma era diferente y eran oriundos de otros lugares a donde los extraños de piel blanca

llegaron y para el infortunio de aquellos los vencieron y los volvieron sus esclavos.

Por esa falta Pulowi decidió usar a Arijira despertando en él la intención de expulsarlos de allí, los pensamientos del poderoso señor giraron a la preocupación de que los alijuna estaban cerca de las playas del Jepira, un sitio sagrado para ellos, el lugar de descanso de las almas de sus muertos.

La lucha infernal se había prolongado por varias lunas, los invasores no habían podido salir a sus barcos anclados en las playas, Arijira y Jimai perdieron a varios de sus hombres, pero saben también que se han llevado por delante a muchos del enemigo, los han estado asfixiando y no existe la tregua, la victoria es inminente y por eso siguen acercándose más y más al poblado para ganarles terreno.

Un espía le dice a Arijira que los alijuna han cavado una fosa en el centro de su miserable poblado donde han estado quemando a los muertos, tanto los caídos en combate como los esclavos han fallecido debido a las enfermedades que les provocó Pulowi por sumergirse en sus dominios para extraerle sus riquezas. Jimai cree que hicieron eso con el fin de evitar que los pocos que quedan mueran por Wanülüü.

El humo de los cuerpos de los desdichados se eleva hasta la claridad del cielo y es visto desde lejos adornando el atardecer y dándole un aspecto infernal, Arijira y su sobrino contemplan ese paisaje. Para los Wayuu los muertos son sagrados y se debe evitar la profanación de los cadáveres, las tumbas y los cementerios. Durante la noche, algunos de los invasores aprovechan una distracción de los hombres de Arijira y Jimai logrando escapar en unos caballos con dirección hacia Bahía Portete, los guajiros liderados por Jimai al darse cuenta emprenden su persecución.

Cuando Jimai llega a las playas de Bahía Portete es medianoche, demasiado tarde, los alijuna tomaron uno de los barcos que estaban anclados allí y se dirigieron mar adentro, el mismo de donde llegaron hace tantas lluvias. Decepcionado, él regresa a donde su tío a darle la mala noticia, pero este lo tranquiliza y le dice que lo importante es destruir ese poblado y proteger las tierras sagradas de sus muertos.

En esa misma madrugada, los Wayuu se preparan para el asalto final, de pie reciben los toques de un amuleto por parte de una ouutsü que ha llegado de la ranchería de Jimai, esta anciana cree que con esos toques bastará para ganar la batalla sin sufrir tantas bajas porque contarán con la fuerza de los Seyuu, los espíritus bondadosos, los guerreros confían en lo que les dice la ouutsü y alistan sus flechas para sorprender a los invasores al amanecer de ese mismo sol.

Temprano se produce el asalto y los guajiros logran tomar finalmente la población que no resiste la arremetida de los guerreros Ipuana de Arijira, quienes como avispas se aprovechan de su ventaja numérica y, uno a uno, los alijuna son prácticamente linchados, su sangre cubre todo el piso del poblado y es la manifestación cruda de la carnicería que se produce esa mañana.

Mientras Jimai remata sin piedad a los heridos, Arijira se dedica a recorrer el poblado y extrañado observa los objetos y animales que hay en su interior. Mira un madero formado por dos líneas, una vertical y otra horizontal, asume que es un símbolo sagrado de los invasores y sin ningún respeto, arrogante en su actuar, ordena a sus hombres que lo quemen junto con la choza donde se hallaba. Quedan maravillados con los animales que criaban los alijuna, nunca los había visto y siente que al apoderarse de ellos tendrán prestigio en toda su nación. Los Wayuu deciden llamarlos ama, muula, kaa'ula, annerü y paa'a.

Jimai encuentra a un invasor moribundo y cruelmente lo decapita con su propia espada y destruye el símbolo sagrado que al parecer se había colocado en el pecho mientras agonizaba, sus hombres descubren a un alijuna entre unos barriles, pero no de piel blanca sino de los que se parecen a ellos y que hablan una lengua diferente, Jimai ordena que lo maten, entonces Arijira aparece y le dice a su sobrino que ha decidido perdonarle la vida porque es muy joven y no es físicamente como

los otros alijuna que habían invadido el territorio, inmediatamente ordena a sus guerreros que incendien la población mientras apartan para él animales encontrados en ese lugar, criaturas que resultaron maravillosas para ellos, en compensación por los daños y perjuicios que les había ocasionado el conflicto con los alijuna por defender el sitio sagrado de Jepira.

Arijira decide tomar al joven como su prisionero y se lo lleva a sus dominios junto con los animales que apartó después de la matanza, al llegar ese mismo sol a su ranchería deja en libertad al cautivo cuandose da cuenta de que no puede representar ningún peligro para su gente y lo convierte en uno de sus criados. Arijira, sentado en su chinchorro durante la noche, presiente que vendrán muchos invasores en los próximos años y que a sus descendientes les tocará enfrentarlos para defender a su nación, pero visiona que su lucha será recordada en los jayeechi o cantos de los ancianos que la transmitirán a las próximas generaciones y su nombre tendrá la gloria que merece por ser el gran guerrero que no permitió, en su momento, que se siguiera con la profanación de un lugar sagrado de este bello desierto.

Glosario

Ama: Caballo.
Annerü: Oveja.
Ei'ruku: Conjunto matrilineal de familias Wayuu.
Kaa'ula: Chivo.
Jayeechi: Canto melodioso Wayuu.
Mma: Madre Tierra, deidad Wayuu.
Muula: Mula.
Oütsü: Autoridad espiritual Wayuu.
Paa'a: Vaca.
Pulowi: Dueña de lo desconocido, deidad Wayuu.
Seyuu: Espíritu benefactor.
Wanülüü: Ente maligno que se manifiesta en enfermedades graves.
Wayuu: Pueblo indígena que tiene asentamiento en el departamento de La Guajira (Colombia) y el estado Zulia (Venezuela).
Yotojolo: Corazón seco del cardón utilizado para la construcción de viviendas.

Santa Cruz

Bajo un sofocante calor en el poblado de Santa Cruz, ubicado en el Cabo de la Vela, Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa en compañía de sus soldados planean durante toda la tarde cómo lograr la ayuda para poder vencer a los habitantes de ese

territorio. De la Cosa cree que hacerlo va a estar complicado, porque los nativos están dispuestos a expulsarlos de ese desierto.

Ojeda deja claro que no desea regresar a Santo Domingo, la principal ciudad de los españoles en América y que se encuentra ubicada a miles de millas de allí, en la isla de Haití. Pero el español sabe que el poblado se está quedando sin provisiones, aunque confía en la superioridad de las espadas y armaduras sobre las flechas de sus rivales para que los combates no se prolonguen por mucho tiempo.

Santa Cruz fue construida por los españoles a principios del siglo XV y durante tres décadas sirvió como centro de explotación directa de perlas para la Corona Española, hasta que los nativos decidieron atacarla y expulsar a sus moradores de las playas del Cabo de la Vela.

La guerra comenzó hace dos meses y la lucha ha sido intensa, los feroces combates han dejado muchas bajas para ambos bandos y a pesar del poder de las espadas, el número se está volviendo una ventaja para los nativos que no han dejado tomar aire a Ojeda, de la Cosa y al resto de españoles que llegaron a la Península de La Guajira hace muchos años, cuando pensaban que se trataba de una isla.

En el transcurso de esa tarde, a ambos señores españoles los acompaña José, un indígena Taíno de la isla de Haití, bautizado en la fe católica y sirviente del cartógrafo Juan de la Cosa, huérfano desde la invasión de su isla por parte de los europeos. Es el único de los esclavos taínos que sobrevive porque los demás traídos por los españoles a las costas guajiras murieron por enfermedades, producto del buceo de perlas al que estaban sometidos durante horas y por las flechas del enemigo. Todos los cadáveres de estos fueron quemados en una fosa para evitar la propagación de la peste y después, a pesar de sus fuertes creencias religiosas, también decidieron incinerar los cuerpos de los soldados caídos en combate.

Juan de la Cosa al fin convence a su compañero de intentar una acción rápida durante la fría noche para que pudiera escapar por mar mientras él se quedaba defendiendo a la población. Ojeda se niega en un principio por arrogancia, pero dándose cuenta de que no tiene otra alternativa, acepta el plan de su compatriota. Emprende la

fuga durante las horas nocturnas con algunos de sus hombres y caballos aprovechando una distracción de los guerreros guajiros y logran tomar un barco que está anclado en la playa para huir hacia Santo Domingo.

Ojeda, mientras se aleja de las costas guajiras, recuerda todos los años que vivió en este desierto que creyó una isla, todas las perlas que extrajo para sumarlas a la fortuna de su majestad, el Rey de España, y las que alcanzó a acumular, a escondidas, claro, para su riqueza personal. Todavía no cree que haya tenido que abandonarlo, aún sigue recordando la realidad vivida, los nativos le hicieron resistencia y lo derrotaron.

Esa misma noche, después de la fuga de Ojeda, el cartógrafo de la Cosa, a manera de confidencia, le dice a su sirviente José que siente cerca el final de todo, y luego se dirige a los hombres que permanecen en la población para ordenarles la defensa todo el tiempo que sea necesario hasta la eventual llegada de refuerzos provenientes de Santo Domingo.

A la mañana siguiente, finalmente la población, cuyo nombre lo derivaba de la fecha de su fundación el 3 de mayo, no resiste la arremetida de los guerreros nativos, quienes se aprovechan de la superioridad numérica que tienen ante los españoles y estos caen abatidos ante sus flechas sin sobrevivir ningún soldado.

Juan de la Cosa, mortalmente herido por un par de flechas, es auxiliado por su sirviente José, quien lo lleva a un rincón donde el mismo español le pide agonizando que lo deje morir con una cruz en sus manos y con su espada en la vaina. José logra ver una pequeña cruz que está tirada en el suelo y cumple con lo que su amo le ordena como último deseo, él se la coloca en el pecho, además guarda su espada donde corresponde y decide dejarlo solo.

Únicamente José, el esclavo taíno, permanece con vida al esconderse entre unos barriles, pero es encontrado por unos guerreros y observa cómo estos rematan a su amo español, decapitándolo con su propia espada y profanando la cruz improvisada.

Cuando se disponen a matarlo, el jefe guajiro aparece y decide perdonarle la vida por su juventud y porque claramente no pertenece a la raza

de los invasores. El jefe procede a incendiar la población, no sin antes apartar a los animales que hay en el lugar: caballos, asnos, mulas, cabras, ovejas y vacas, los cuales toma como compensación por los daños y perjuicios ocasionados durante la contienda. De ahora en adelante, estos animales simbolizarán las riquezas de los hombres fuertes de la Península de La Guajira.

El jefe toma a José como su prisionero y decide llevárselo a su rancharía, pero ese mismo día, cuando llegan a su destino es dejado en libertad y se le permite quedarse a vivir en la comunidad, durante los próximos meses el taíno se adaptará a la vida de estos hombres. Esta cultura y la de su extinta etnia comparten muchas cosas, porque ambas hacen parte de la misma familia de pueblos: Los Arawak. El joven no tendrá ningún problema en aprender su lengua y después de algún tiempo, será uno más de los habitantes de este desierto. 



Vaginas del Gran poder, Adriana Bravo @aceitunabrava